

Ben Rhodes

EL

MUNDO

CAMBIAR EL MUNDO DESDE EL ALA OESTE

**TAL Y
COMO
ES**

DEBATE



El mundo tal y como es

Cambiar el mundo desde el ala oeste

BEN RHODES

Traducción de
Teófilo de Lozoya y Juan Rabasseda

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer



@debatelibros



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |



Para mis padres

Empezaban a acumularse nubes arrastradas por los vientos alisios y, al mirar a lo lejos, esbozada en el cielo vio una bandada de patos que se desdibujaba y luego volvía a hacerse visible y supo que nadie está nunca solo en el mar.[\[1\]](#)

ERNEST HEMINGWAY

Prólogo

Al finalizar su última visita a un país extranjero como presidente de los Estados Unidos de América, Barack Hussein Obama se acomodó en su asiento mientras un agente de los servicios secretos cerraba la pesada puerta. «Vámonos a casa», dijo Obama.

Dentro de la limusina presidencial —conocida como la Bestia—, el mundo exterior está en silencio y queda separado por varios centímetros de cristales a prueba de balas y de metal blindado. Sientes una familiaridad extraña en el hecho de viajar en una caravana de automóviles, tanto si te encuentras en un desierto de Arabia Saudí donde no se ve ni un alma como si pasas por una calle de Hanói atestada de gente. Los dos asientos delanteros están ocupados siempre por agentes del Servicio Secreto que nunca dicen ni una palabra; mientras se encuentran allí sentados van examinando el camino que tienen delante, y te acostumbras a hablar como si no estuvieran presentes. Obama me miró de arriba abajo y una lucecita brilló en sus ojos.

—¿Has visto que Ben se ha olvidado los calcetines? —le dijo a Susan Rice, mientras retiraba el envoltorio de un chicle Nicorette y se lo metía en la boca. Se echó a reír, anticipándose al efecto de sus propias palabras—. Quiero decir, venga, hombre. ¡Tus calcetines!

Cada vez que viajas al extranjero con el presidente, colocas la maleta delante de la puerta de tu habitación del hotel y alguien la recoge a una hora determinada. Aquello formaba parte del cómodo ritmo de viaje que estaba a punto de desaparecer. Empecé a explicar que, cuando dejé mi bolsa en la puerta de mi habitación a las tres de la madrugada, pensé que me había dejado fuera un par...

Ya entiendo —dijo el presidente haciendo un gesto con la mano y dirigiéndose a mí—. Eran las tantas. Chicos, me alegro de que hayáis pasado un buen rato mientras leía el manual informativo del APEC [Foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico].

Miré por la ventanilla y pude ver un último grupo de gente. Las calles de Lima estaban atestadas de espectadores cuyas figuras se recortaban sobre un fondo de modernos rascacielos y edificios viejos y destartalados. Miraban, saludaban con la mano y sujetaban smartphones; un chorreo más de humanidad entre los millones de caras que había visto a lo largo de los años a través de la ventanilla de un coche en marcha, ansiosas por captar una mirada de atención de Barack Obama. De vez en cuando, en el curso de esos trayectos en coche, Obama echaba una mirada a través de la ventanilla y saludaba de manera informal con la mano, y yo veía el rostro de alguien, congelado en un gesto de sorpresa al reconocerlo. En ocasiones agarraba yo mi móvil y tomaba fotos de la gente que nos hacía fotos, la única forma de contacto con la masa de seres humanos a los que nunca conocería ni podría conocer realmente.

Lo normal era que Obama sacara su iPad y navegara en él para leer las noticias, o que reanudara una partida inter-

minable de Scrabble y nos preguntara cómo pensábamos que había estado en la conferencia de prensa recién acabada. Yo iba sentado enfrente de él, como había hecho durante todos mis viajes a decenas de países distintos a lo largo de los últimos ocho años. Pero, cuando se desvaneció su sonrisa por lo de mis calcetines, el presidente se quedó en completo silencio, masticando su Nicorette y mirando por la ventanilla. Aquel era el último viaje y, a pesar de seguir el ritmo habitual, nada parecía normal. Daba la impresión de que el mundo entero pasaba ante nosotros. Dirigí la mirada al sello presidencial situado en el panel de madera que estaba junto al asiento que ocupaba Obama, en el que al cabo de unos meses se sentaría Donald J. Trump.

En nuestra primera escala, en Atenas, habíamos planeado pronunciar un discurso para celebrar la resiliencia de la democracia, en su propia cuna y con la Acrópolis de fondo. En el momento de hacer el borrador, habíamos previsto un atrevido desafío a Rusia y al revanchismo de su líder, Vladimir Putin. Pero de alguna manera aquel escenario ya no se correspondía con el momento por el que estaba atravesando Estados Unidos: habían transcurrido dos semanas desde la elección de Donald Trump. Así que trasladamos el discurso al interior de un auditorio como el de cualquier otra ciudad.

Finalmente, terminamos realizando un recorrido por la Acrópolis una mañana luminosa y cálida. Desde aquella posición elevada, en lo alto de la colina, el mundo era hermoso y tranquilo; en el cielo de color azul claro y en la magnífi-

ca vista de Atenas no se apreciaba el menor rastro de la crisis financiera que atenazaba a Grecia, de la marea de refugiados que cruzaban sus fronteras o de la incertidumbre que todas esas fuerzas habían desencadenado en el resto del mundo. Seguí a Obama en su paseo en medio de aquella colección de columnas antiguas, andamios y ofrendas a los dioses, un verdadero monumento a los orígenes de la democracia y a las ruinas dejadas tras de sí por imperios perdidos y religiones extintas. Cuando más tarde volvimos a hablar, el presidente me repitió una máxima que había compartido conmigo a primera hora de la mañana, recién conocida la elección de Trump, un estribillo que pretendía encontrar una perspectiva: «Hay más estrellas en el cielo que granos de arena en la Tierra».

Nuestra segunda parada fue Berlín. Angela Merkel había solicitado entrevistarse con Obama durante la primera noche en la capital alemana y cenar con él.

Merkel posee una especie de carisma inverso —estoica, dueña de sí misma, con una sonrisa ligera que te atrae, una mujer que se encuentra a gusto en el poder y en su propia piel— y saludó a Obama colocándole una mano en cada brazo. La canciller era su socia más cercana en un mundo que ofrecía pocos amigos, y había puesto en peligro su futuro político acogiendo a un millón de refugiados sirios en Alemania. Obama admiraba su pragmatismo, su imperturbabilidad y su lado testarudo. Durante el año anterior, el presidente había luchado contra su propia burocracia con el fin de aumentar el número de refugiados que Estados Unidos iba a acoger, diciéndonos una y otra vez: «No puedo dejar a Angela tirada».

Los dos se sentaron solos ante una mesa sencilla, pequeña, colocada en medio de la sala de conferencias de un hotel. Cenaron y charlaron durante tres horas, el rato más largo que en ocho años había pasado Obama a solas con un líder extranjero. Algunos de nosotros cenamos con los asesores de la canciller en una sala contigua. Los alemanes parecían preocupados; hablaban con inquietud del nuevo mundo que estaba por venir y de las dificultades que tendría que afrontar Merkel.

—Por la líder del mundo libre —brindé con tristeza levantando mi copa. Un asesor me dijo que el nombramiento de Steve Bannon como consejero de la Casa Blanca había sido portada de numerosos periódicos alemanes.

—Conocemos a Bannon —manifestó inclinándose hacia mí, como si quisiera contarme confidencialmente un secreto.

Al otro lado de la ventana podían verse la Puerta de Brandemburgo, envuelta en una luz dorada, y el edificio del Reichstag, que sustituyó al que había sido incendiado cuando Hitler tomó el poder.

Luego Obama nos contó que Merkel le había comentado su inminente decisión acerca de si debía o no volver a concurrir en las elecciones, sintiéndose ahora más obligada a presentarse debido al Brexit y a la llegada de Trump. Al término de nuestra estancia en Alemania, cuando Obama se despidió de Merkel junto a la portezuela de la Bestia, apareció en los ojos de la canciller una lágrima solitaria, algo que ninguno de nosotros había visto nunca hasta entonces. «Angela está completamente sola», comentó el presidente moviendo la cabeza.

En nuestra tercera y última parada, en la cumbre de las naciones del Pacífico celebrada en Lima, un líder tras otro se llevó aparte a Obama y le preguntó qué cabía esperar de Donald Trump. Consciente en todo momento de los deberes de su cargo, el presidente, como no podía ser de otro modo, instó a sus colegas a que dieran una oportunidad a la nueva Administración. «Esperen y observen», les dijo. Los líderes de otros once países que se habían esforzado en negociar el Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica (TPP, por sus siglas en inglés) se reunieron el primer día con Obama. Si estaban irritados por haber tomado unas decisiones políticas muy duras para ligar su futuro económico al de Estados Unidos y ver a continuación cómo el nuevo presidente electo norteamericano prometía retirarse del pacto, lo cierto es que lo ocultaron. Por el contrario, dio casi la impresión de que querían pedir disculpas al insinuar que probablemente se adelantarían alcanzando algún tipo de acuerdo al margen de Estados Unidos.

Por primera vez en ocho años, la historia parecía escapárseles de las manos.

El primer ministro japonés, Shinzo Abe, se disculpó por haber roto el protocolo reuniéndose con Trump en la torre Trump sin avisar previamente a Obama. Los japoneses creían que no tenían otra opción más que entablar relaciones con un hombre que había amenazado con cobrar a Japón por las tropas que teníamos estacionadas en el país. Abe confirmó sus planes de visitar Pearl Harbor cuando Obama se desplazara a Hawái en diciembre, en un gesto de reconciliación que pretendía reflejar el que había tenido

Obama al visitar Hiroshima, y que de repente parecía fuera de lugar en aquellos momentos.

Obama se entrevistó con el presidente de China, Xi Jinping, en la esterilizada sala de conferencias de un hotel, en la que pusieron ante nosotros vasos de té refrescante y de agua helada que quedaron intactos. Se llevó a cabo un largo repaso de todos los progresos realizados a lo largo de los últimos años. Inesperadamente, Xi aseguró a Obama que pondría en vigor el Acuerdo de París sobre el Cambio Climático aunque Trump decidiera retirarse del mismo. «Es muy prudente por su parte —contestó Obama—. Creo que seguirá viendo usted una inversión en el acuerdo de París por parte de Estados Unidos, al menos desde los estados, las ciudades y el sector privado.» Solo dos años nos separaban de los tiempos en que Obama había volado a Beijing y había logrado firmar un tratado para actuar, de común acuerdo con China, con el fin de combatir el cambio climático, un paso que ante todo posibilitó la consecución del Acuerdo de París. Ahora China llevaría la iniciativa para que ese esfuerzo siguiera adelante.

Casi al final de la reunión, Xi preguntó por Trump. Una vez más, Obama sugirió que los chinos debían esperar a ver lo que la nueva Administración decidía hacer cuando asumiera el poder, pero comentó que el presidente electo se había aprovechado de ciertas preocupaciones muy reales que tenían los estadounidenses en torno a la equidad de nuestras relaciones comerciales con China. Xi es un hombre de envergadura que se mueve despacio y pensándose las cosas, como si quisiera que la gente se fijara en cada uno de sus movimientos. Desde el sitio que ocupaba sentado fren-

te a Obama, apartó la carpeta con los temas a tratar durante la conversación, que habitualmente determinan las palabras usadas por un líder chino. «Preferimos mantener buenas relaciones con Estados Unidos —dijo cruzando las manos sobre la mesa—. Eso es bueno para el mundo. Pero cualquier acción encontrará una reacción. Y si un líder inmaduro arroja el mundo al caos, el mundo sabrá a quién echarle la culpa.»

Durante la jornada final, Obama celebró su último encuentro bilateral con el primer ministro de Canadá, Justin Trudeau. En una sala que hay detrás del centro de convenciones en el que se celebraba la cumbre, los dos mandatarios ocuparon sendos sillones uno al lado del otro, con unos cuantos de nosotros flanqueándolos. Yo evité cruzar las piernas y mantuve los pies escondidos detrás de mi mochila para que no se viera que no llevaba calcetines. Obama, que por lo general no da muestras de sentimentalismos, intentó pasar el testigo a otros. «Justin, va a ser preciso que se oiga más tu voz —dijo, inclinándose hacia delante y apoyando los codos en las rodillas—. Vas a tener que hablar sin pelos en la lengua cuando ciertos valores se vean amenazados.»

Trudeau afirmó que pensaba que no le iba a quedar más remedio que hacerlo así, inspirándose en el ejemplo de su padre, que se elevó sobre su papel de líder de Canadá para convertirse en un estadista global. «Mi campaña ha seguido el modelo de la tuya», añadió Trudeau, aludiendo a un tipo de política que ahora se veía amenazado.

La buena presencia de Trudeau suele hacer que parezca más joven de lo que es. Mirándolo, pensé en lo mucho que

me había envejecido con este trabajo; Trudeau parecía más joven que yo. «Las combatiré —dijo Trudeau, refiriéndose a las tendencias autoritarias imperantes en el mundo— con una sonrisa en los labios. Es la única forma de ganar.»

Cuando acabaron, salimos caminando por los pasadizos traseros del centro de convenciones. Obama llevaba un vaso de espuma de poliestireno con té en una mano y agitaba la otra para saludar al personal de mantenimiento camino de su última conferencia de prensa en el extranjero. Yo no tenía ganas de contemplar aquello. Así que me senté solo en un banco a la débil luz del atardecer, jugueteando con mi BlackBerry, cómodamente instalado en el interior de un perímetro de seguridad vigilado por hombres vestidos con traje, y con pinganillos en las orejas, que llevaban las manos cruzadas en la parte delantera. Cuando terminó la conferencia de prensa, me uní al grupo que rodeaba a Obama camino de la puerta de salida y nos cruzamos con Trudeau y su séquito, que iban en la dirección contraria.

En las calles de Lima la multitud seguía agitando las manos en su afán de saludar a su paso al presidente de Estados Unidos.

—¿Qué pasaría si estuviéramos equivocados? —dijo Obama, que iba sentado enfrente de mí en la Bestia.

—¿Equivocados en qué? —pregunté.

Durante días habíamos intentado analizar y deconstruir lo que había sucedido en las recientes elecciones. Obama se había quejado de que no podía creer que aquellas elecciones se hubieran perdido, recitando como una letanía todos